

Marzo
1952

Sección Castellana

Rutina

TODOS los días las mismas caras. Todos los días las mismas cosas. Levantarse sabiendo, casi, lo que nos va a ocurrir. Poder prever la sucesión de hechos que nos aguardan: el baño, el desayuno y el trabajo o los trabajos cotidianos. Saber que tendremos que tomar un vehículo que nos llevará, invariablemente, por la misma ruta. Que nos apretarán y nos zarandearán. Que leeremos el diario, comprado siempre en la misma esquina, al mismo vendedor y que dispondremos de un tiempo casi matemático para recorrer, con avidez, sus páginas.

Llegar a una oficina burocrática donde la gente espera, agobiada por tareas que poco interesan, pero que deben ser cumplidas con necesidad obligatoria. Llenar un horario. Sentir hambre. Comer rápidamente, malamente, el plato servido a desgaño en el restaurante porque también allí la rutina ha vuelto al que atiende y al que es atendido, disconformes.

Darnos lo que más deseamos sin ponerles vallo, significa terminar con tal deseo. Disfrutar de aquello que más queríamos, totalmente, sin siquiera la posibilidad de un desequilibrio, de más pérdida, terminada por llevarnos al hostio. Transformemos en cotidiana lectura el libro más interesante, pobleemos nuestro jardín con la flor que admirábamos por única, incluyamos en el diario menú el plato buscado, no administremos el cariño y esa prodigalidad, con su secuela de rutina, tornará opacos los colores del libro, de la flor, de la especie culinaria y del afecto.

La rutina es un monstruo que todo lo devora, dijo algún día no recuerdo qué escritor. Por rutina, el enamorado acaba olvidando si los ojos de su dulce prenda son

(Continúa en la página 36)

EDITORIAL

Fe y Ciencia

La investigación que se realiza en torno al secreto atómico y que tanto apasiona al mundo contemporáneo, acaba de ser comentada por la palabra sabia del gran Pontífice, S.S. Pio XII, en un discurso dirigido a los participantes de una semana de estudios sobre temas afines a la física nuclear y del cual nos ocuparemos en estas líneas. El conocimiento de las leyes que gobiernan la materia y que presiden su desenvolvimiento y su mecanismo de cohesión o de desintegración, lleva también implícitamente al problema fundamental del conocimiento de Dios como Creador. Y a este respecto señala la palabra del Pontífice que los sabios modernos "consideran la idea de la creación del Universo absolutamente conciliable con su concepto científico," dándose así un desmentido a esa seudo ciencia, infatuada y minúscula, que con falaces hipótesis, pretendió desconocer la verdad de la Revelación sobre el origen del mundo.

La Ciencia, la Filosofía y la misma Revelación, en una colaboración armoniosa, ha dicho también el Papa en esa misma oportunidad, son los tres instrumentos de la verdad, como rayos de un mismo sol que contemplan al Creador en su substancia y dan testimonio de su presencia.

Vamos llegando por este camino a ratificar la perfecta armonía entre la ciencia y la fe, las cuales, según lo expusiera en alguna oportunidad el mismo Papa Pio XII dirigiéndose a universitarios italianos, son a modo de dos inmensos brazos de un mismo río que, naciendo de la fuente común que es Dios, se vuelvan otra vez en un mismo océano: Dios. Y se confirma, también una vez más, que no es la Iglesia la enemiga de la ciencia o quien le ponga trabas a su legítimo desarrollo. Precisamente, dado al hombre en aquel chispazo divino que le infundió el alma, un destello de la omnisciencia de su Creador, es a su luz como debe alumbrar el camino de su reyección y dominio sobre cuanto le ha sido dado, para el cumplimiento de la integral finalidad de su momentáneo paso por la tierra.

Alguien afirmó que la poca ciencia aleja de Dios, en tanto que la mucha acerca a El. Y esto es lo que se está dando a esta nuestra generación. El estudio profundo de la materia y de sus leyes llega a comprobar, a través del mismo, la existencia del Padre Omnipotente, Creador del cielo y de la tierra, que viene proclamando secularmente el Símbolo de los Apóstoles. Logrado esto — reconocido Dios como Creador, como Legislador y como Juez — deben los pueblos, dijo el Papa, adorar al Hijo Redentor, para que así "amen a los hombres y se plieguen a las dulces impulsiones del Espíritu Santificador de las almas." A eso debe conducir, en último término, la ciencia para que esa útil al hombre y a sus cosas. Desvirtúa de ese fin, con el afán de enfrenar en una enana pequeñez a Dios, es marchar al abismo o desencadenar sobre el mundo — como hoy pareciera estar cecana — "una larga noche de tempestad."